

# Mientras todavía hay tiempo... De Juana de Arco a Helder Câmara

*Ivone Gebara*



ADITAL, 1 de junio de 2015  
Brasil

La prensa nacional e internacional ha informado este año del inicio del proceso de beatificación de Dom Helder Câmara como una buena noticia para muchos. Las noticias desde Recife se divulgan al mundo casi en tiempo real. Una misa solemne marca el inicio del proceso de beatificación, un proceso aprobado rápidamente por el Vaticano también para asombro de muchos.

Aunque sabemos que hay un buen grupo que condenaba las acciones de Dom Helder como obispo y aún continúa condenándolo como candidato a beato y quizá santo, creo que la mayoría de los comentarios van en la línea de una aprobación entusiasta de su nombre. Están convencidos de que la Iglesia católica encabezada por el Papa Francisco está en un extraordinario momento de reconocimiento de profetas contemporáneos y sella esta actitud elevándolos a los altares. Hace también justicia a lo que simbolizan



en la lucha por los derechos humanos y el cuidado evangélico de los pobres. Tengo muchos amigos y amigas que forman parte de ese grupo de entusiastas y eso me coloca en una posición delicada ante ellos por abrir brechas en su entusiasmo pensando de otra manera. Pero creo, asimismo, que es importante reflexionar un poco más sobre las consecuencias de la beatificación. Propongo este breve texto para abrir un diálogo con los lectores y lectoras como quien conoció a D. Helder y trabajó durante muchos años en la Archidiócesis de Olinda y Recife. Pensar hace bien incluso cuando socava algunas certezas que imaginábamos tranquilas.

Un día de estos, de repente, se me puso ante los ojos un texto del escritor portugués Eça de Queiroz<sup>1</sup> sobre Juana de Arco, que vivió en el siglo XV. El texto me causó estupor por su actualidad, al ver que había sido escrito hace más de un siglo. Reproduzco tan solo algunas frases.

*“Amigos míos, le ha sucedido una desgracia a Juana de Arco. La doncella de Orleans, la buena y fuerte Lorena, salvadora del reino de Francia, ha sido beatificada por la Iglesia de Roma [...]. Con su entrada en el cielo está perdiendo el prestigio que tenía en la tierra, y su santidad, irremediablemente, ha echado a perder su popularidad. [...] su acción en el mundo era la de una guerrera que asalta las murallas, levanta una bandera, desbarata a los enemigos”...*

*“El clero no tenía ningún interés en que se estableciese un pesado silencio sobre aquella santa que él había quemado, por uno de esos engaños tan frecuentes en los clerics establecidos, desde el terrible error del Gólgota”.*

*“La Iglesia apagó jurídicamente la hoguera que treinta años antes había encendido”.*

Después de leer el ingenioso texto de Eça de Queiroz contando aspectos de la vida de Juana de Arco y de su recuperación por la Iglesia católica, no pude dejar de verla, en la imaginación, cerca de Dom Helder. El temor y una inmensa pena se apoderaron de mí al constatar hasta qué punto nuestra memoria de la historia reciente es corta y limitada. No aprendemos de la vida ni de la Historia. Seguimos repitiendo los mismos comportamientos casi sin crítica, como si fuesen acontecimientos desligados de nuestro pasado. La Juana de Arco de ayer me aproximó al hoy que estamos viviendo respecto a la beatificación de Dom Helder Câmara. ¡Helder Câmara, arzobispo de Olinda y Recife silenciado por la dictadura, perseguido y acusado de cómplice del comunismo, cuyo nombre estaba prohibido en los periódicos, será beatificado! Recordé que lo tachaban, todavía en vida, de “rebelde”, de “obispo rojo”, de “radical y revolucionario”. Recordé sus discursos sobre la justicia como nuevo nombre de la paz, de su candidatura para el Premio Nobel de la Paz en dos ocasiones.

Irrumpieron igualmente en mi memoria escenas de aclamación popular en las periferias de Recife... Él caminando por los callejones y en el barro, incluso descalzo, y los niños gritando Don Edis, Don Edis, pues no sabían decir Helder. Me acordé también del padre Henrique, su íntimo colaborador, responsable de

---

<sup>1</sup> QUEIROZ, Eça. *Joana D’Arc*. In *Cartas Familiares e bilhetes de Paris*, Iba Mendes. Poeteiro Editor Digital – São Paulo, 2014, p.8 a 15. (Texto originalmente publicado en 1905. Cf. [www.poeteiro.com](http://www.poeteiro.com) ).

la Pastoral de la Juventud, arrastrado por las calles de Recife y cobardemente asesinado... Pensé en tantos otros conocidos y conocidas, apresados y perseguidos por su posición política y su relación con Dom Helder.

Me pregunté por qué, en vez de beatificarlo, el Vaticano no promovía el estudio de su vida y de sus textos, y los seminarios e institutos de teología, sobre todo el nordeste de Brasil, no hacían de sus obras textos teológicos obligatorios, por qué los institutos de pastoral no lo tomaban como referencia principal para la comprensión, sobre todo, de la Iglesia católica en Brasil y en América Latina en el siglo XX, por qué los historiadores no tomaban su vida y acción como hitos en la historia reciente de Brasil.

Pero esto no interesa, como no interesaba al clero del tiempo de Juana de Arco que se le reconociera como la que expulsó al "enemigo de Francia", la poderosa Inglaterra. Se apropiaron de su historia y la convirtieron en una milagrera enviada de Dios y venerada por la Iglesia. Santa en los altares, los fieles ya no conocerían su historia real, pero le encenderían velas y le harían ofrendas para obtener favores. Ya no le representaría como campesina o como guerrillera, ya no advertiría al pueblo contra las alienaciones políticas y la sumisión a los poderes de este mundo, ya no fortalecería a las mujeres para que se abrieran horizontes más amplios. Subida o elevada a los altares, vestida de blanco y con flores en la cabeza tendría la marca de la sumisión a los poderes dominantes de la religión. Evitaría conflictos y, sobre todo, permanecería bajo el control eclesiástico. Siendo santa, generaría dinero para los cofres de las iglesias y para sus aliados. Vendería imágenes, estatuillas, misas, agua bendita en garrafas con su imagen estampada. Incentivaría también los albergues que reciben peregrinos venidos de lejos. Y eso ha sido más o menos lo que sucedió.



Temo que pase lo mismo o algo parecido con nuestro querido Dom Helder Câmara. Para beatificarlo, los jerarcas exigirán un milagro, probablemente la cura de una enfermedad... Pero no será la enfermedad social que Dom Helder combatió, no será la victoria sobre la mentira y la corrupción, no será el

freno del hambre en el mundo, como él deseaba. No estoy criticando las necesidades, las quejas y los lamentos de tantos hombres y mujeres que sufren y no estoy contra las pequeñas sanaciones y los milagros que necesitamos, pero

soy crítica con ciertos procedimientos institucionales. Estos procedimientos, incluso ciertas formas de incentivo y cultivo de la religiosidad, extirpan la audacia para buscar la libertad, matan la voluntad de unirse para el bien de muchos, “vician al ciudadano”, como cantaba Luis Gonzaga al recordar la sufrida vida del ciudadano del nordeste.

Por todo esto, no quiero que reduzcan a Dom Helder a una estatua de yeso o a una imagen delante de la que los fieles se arrodillen para pedir cosas o curas. Esto significaría colocarle una especie de camisa de fuerza de santidad establecida. Me parece casi humillante para quien vivió de forma diferente y habló para el pueblo de forma diferente, inspirado por la fuerza de su espíritu creativo y por la extraordinaria capacidad de entender los conflictos del mundo. No mandaba encender velas, sino pedir fuerza y lucidez para la organización popular. No mandaba hacer promesas, sino luchar para que el bien común fuera respetado. Incentivaba la “palabra” libre, rompiendo el silencio ante la explotación y la humillación humana de todo tipo. El que un día también hizo poesía con un sueño en el que el Papa enloquecido distribuía todo el dinero del Vaticano a los pobres y arrojando su tiara al Tíber despedía a los embajadores acreditados de sus puestos internacionales para que el Evangelio de Jesús viviese... El que denunciaba las cárceles políticas y visitaba a los prisioneros y a sus familias... El que no dudaba en declarar a prostitutas y pobres como los primeros en el Reino de Dios, se ve ahora casi aprisionado en ritos y humareda de olores de incienso. Y lo peor, aprisionado por sus pares, por sus leyes de santidad o de beatitud...

Sospecho que esta forma de “beatificación” poco a poco lo robará al pueblo, a su historia, y lo entregará al culto rentable, perfectamente controlable por las autoridades financieras del mundo. Harán de él un distribuidor de gracias, una especie de representante de la “empresa divina”, y su fuerza, todavía tan presente, dejará de incomodar. Mezclarán agua con el vino bueno que él nos ofrecía y se quedará sin su particular sabor, sin su personalidad propia, sin su carisma y su fuerza.

No, por favor, dejen a Dom Helder en medio del pueblo y para el pueblo. Recuérdenlo en las capillas y en los movimientos de evangelización que todavía subsisten. Acuérdense de su contribución a la sociología, a la política, a la ecología, a la teología, a la poesía. Déjenlo ser lectura de ateos, musulmanes, judíos, budistas... Déjenlo ser amigo del Candomblé y de las viejas madres santeras... Déjenlo ser solamente amigo de los pobres.

No permitamos que el pueblo crea que el reconocimiento oficial de santidad es señal de acogida y de propagación de los valores reales que sustentaron la vida de nuestro Dom. Al contrario, es un artificio para hacernos olvidar su memoria

evangélica, su profecía, su atrevimiento al denunciar el robo, la corrupción y la miseria como formas de producir la violencia en el mundo. Van a cerrar los ojos de la gente, van a engañarles una vez más con algo que solo aparente y engañosamente es bueno.

Este mecanismo canónico de reconocimiento de santidad es obsoleto. Además de arrancar al pueblo la responsabilidad colectiva de su historia, entrega a los cielos y a sus “gordos” representantes el poder de construir santuarios y casas de milagros. Despolitizan al pueblo y lo remiten a fuerzas mágicas más allá de la historia como las únicas capaces de restañar los muchos males que le asolan. Intuyo que los jerarcas disfrutaban mucho viendo a multitud de fieles aglomerados en las iglesias y en las procesiones..., haciendo creer que el pueblo necesita una religiosidad dependiente y de ayuda celeste controlada. Les complace y emociona ver mucha gente arrodillada delante de una estatua, atraída tal vez por la nueva historia que se va a contar, una historia en que la estatua sonriente llamada “beato Helder Câmara” es reducida a un “hacedor de milagros”. Todo esto parece reforzar el enflaquecido poder del clero, les da reconocimiento popular, fuerza social y política. ¿No serán “ídolos de pies de barro”, los que se colocan sobre pedestales con vestiduras doradas para ser vistos como dirigentes del pueblo?

Impidamos que el pueblo crea que, después de todo, obispos, cardenales y clero, adquiriendo una enorme lucidez y verdad, reconocen de repente las posiciones de Dom Helder como basadas en el Evangelio. Las cosas son mucho más mezcladas y complejas de lo que imaginamos. Ellos, miembros de una corporación “sagrada”, que en un pasado reciente lo condenó y lo tachó de comunista, que nunca quiso concederle el capelo cardenalicio ni colaborar para que recibiese el Nobel de la Paz... Ellos, que interfirieron en su archidiócesis, desmantelaron su pastoral, su Instituto de Teología y expulsaron a muchas/os colaboradoras/es... Ellos, que le increparon por condenar el capitalismo que arrancaba a la mayoría la dignidad de vivir... Ellos, ahora, quieren verlo en los altares, quizá también cambiando su historia cotidiana. Después de muerto lo glorifican, después de muerto cuentan sus virtudes, pues después de muerto ya no le temen.

Muchos dirán “no son los mismos”. Ahora son otros tiempos, hay otras circunstancias y otras personas. Ahora es la gente la que desea esto. Ahora tenemos un Papa que ama a los pobres, las calles y la libertad. Ahora, al fin, se reconoce el valor de Dom Helder. Aunque se puede entender que los tiempos y las personas han cambiado, creo que esto no anula el derecho y la responsabilidad de reflexionar sobre las beatificaciones, las canonizaciones y sus consecuencias sociales. No lo olvidemos, los hábitos y los procesos devocionales, su utilización y los artificios del poder religioso no cambian

rápidamente en la historia humana. Nuestras debilidades usan los mismos vicios que antes, aunque los vistan de forma diferente. Por esto, temo por el pueblo y por la memoria de Dom Helder.

Mientras todavía hay tiempo, hagamos una pausa para reflexionar, pensar nuestros actos e interferir en las decisiones de una Iglesia que todavía se llama "Pueblo de Dios"

*Mayo, 2015*

**(Traducido por *Desveladas*)**

**Fuente:**

<http://site.adital.com.br/site/noticia.php?lang=PT&cod=85239>